

Presupuestos éticos de la visión de la economía en la obra periodística de Andrés Bello (1831-1843)

Ethical Pre-suppositions of the Vision of Economy
in Andrés Bello's Journalist Work (1831-1834)

Ricardo Salas Astraín*

Resumen

Consideración sobre la obra periodística de Andrés Bello, uno de los autores decimonónicos que asumieron los valores e ideas ilustradas y liberales, derivadas de los pensadores ingleses y franceses de comienzos del siglo XIX. Estas ideas aparecen en sus textos académicos y sobre todo en los periódicos en los que colaboró. Entre sus ideas económicas más importantes, que generaron "opinión pública", se destaca la valorización de la libre iniciativa, la propiedad privada y la búsqueda del aumento de la riqueza como estrategia para el progreso de los países. Se analiza este trasfondo social y económico porque se trata de ideas y perspectivas éticas donde convergen la moralidad, la política y el derecho, cuya importancia es destacable frente a un mundo globalizado.

Palabras clave: ética utilitaria; economía; pensamiento decimonónico; progreso social.

Abstract

A consideration of Andrés Bello's work as a journalist, one of the XIXth century authors who held the illustrated and liberal values and ideas, derived from English and French thinkers from the beginning of the XIXth century. These ideas appear in his academic texts, and above all, in the newspapers for which he worked. Among his most important economic ideas, which generated "public opinion", he highlights free initiative, private property and the search for an increase of wealth as a strategy for the progress of the countries. The social and economic background is analyzed, because it deals with ethical ideas and perspectives where morality, politics and law converge: their importance is remarkable when faced with a globalized world.

Key words: Utilitarian ethics; economics; thought of the 19th century; social progress

* Doctor en Filosofía por la Universidad de Lovaina. Universidad Católica Silva Henríquez / FONDECYT-Chile. <rsalas@ucsh.cl>

La problemática de la ética social y económica en la actualidad está estrechamente vinculada al predominio de un modelo neoliberal de la economía, que aparece sin contrapesos en el nivel de la opinión pública latinoamericana y mundial¹. Algunas de estas ideas económicas parecen ser novedades que trae la era de la globalización hegemónica, pero tienen raíces profundas en el pensamiento de los autores latinoamericanos que ya han considerado los problemas ligados a la economía y al desarrollo de nuestros pueblos desde la independencia hasta hoy. Nos interesa destacar en particular a uno de los autores decimonónicos que asumieron los valores e ideas ilustradas y liberales, derivadas de los pensadores ingleses y franceses de comienzos del siglo XIX: Andrés Bello. Ideas que discutimos hoy aparecen profusamente en sus textos académicos y sobre todo en los periódicos en los que colaboraba. Entre sus ideas económicas más importantes, que generaban “opinión pública”, se puede destacar la valorización de la libre iniciativa, la propiedad privada, y la búsqueda del aumento de la riqueza como estrategia para el progreso de los países. Todas estas ideas no se desprenden de un concepto histórico de progreso social. En medio de los graves problemas asociados a la globalización hegemónica pareciera que estas ideas ya no pueden aportar nada, sin embargo hay un trasfondo en el discurso social y económico de Bello que puede ser pertinente: se trata de sus ideas y perspectivas éticas de la economía.

Por otra parte estas ideas de progreso material y social, aunque son parte de otros contextos y épocas, siguen presentes entre nosotros. Se constata que en muchos imaginarios de sectores sociales extensos sobrevive una idea parecida del progreso material y social a la destacada por estos autores del siglo XIX. En el discurso político contingente ella sigue estando presente en la particular comprensión de los problemas de la vida cotidiana, y de la temporalidad a la que alude el quehacer político: no hay ideología ni movimiento que no remueva este imaginario del progreso, de una sociedad mejor, del bienestar de todos. Basta recordar por último que el “desarrollismo”, tan fuerte en nuestros países, es un modo de pensar lo social que insiste regularmente en estas ideas de progreso. Incluso en las

1 Mi artículo “Ética, interculturalidad y Desarrollo Humano en contextos conflictivos”, en *Revista de Estudios Sociológicos*, nº 9, 2003, p. 99-127.

diversas ideologías en boga, y como se desliza subrepticamente en los momentos electorales más álgidos, recurrimos a las ideas de progreso material, social y moral. En consecuencia, a pesar de ciertas previsiones nihilistas, en el imaginario que da cuenta del mundo social, siguen articulados los símbolos del Progreso y del Desarrollo; ambos núcleos se interrelacionan, como se observa claramente en los proyectos de las grandes instituciones internacionales.

Reivindicando este imaginario progresivo y del desarrollo de Bello, no deseo asumir una idea anacrónica de la temporalidad social que ya no se puede sostener más, sino que quisiera avanzar sobre una primera observación de una ética pertinente para nuestro tiempo de globalización, donde hay una fuerte tendencia a no pensar la economía social. En el trasfondo buscamos hacer una crítica en contra del presupuesto actual de algunos movimientos –falsamente “alternativistas”– donde algunos consideran que la resistencia de los sectores sociales mayoritarios en contra del modelo económico predominante no exige levantar serias reflexiones económicas, y al mismo tiempo, cuestionar otro supuesto de los que aceptan una ideología “globalista” sin más –sobre todo entre nuestras élites y capas dirigentes–, donde aparece una sobre inflación de los factores económicos en una visión deformada de lo social, en desmedro de lo político y de lo jurídico. En el primer caso no se piensa la economía, en el segundo ella queda descuartizada de su verdadera inserción en el seno mismo de la vida social,

Al recordar estas ideas decimonónicas de Bello queremos destacar que, por una parte, los valores ligados a una ética utilitaria siguen siendo relevantes para pensar el desarrollo material de nuestros países en pos de progreso para las mayorías, pero remarcando las necesarias bases éticas y políticas que éste presupone. Insistiendo en este punto, postulamos que son exageradas e incorrectas tanto las posiciones anti-economicistas como las ultra-economicistas porque eliminan la autonomía propia del campo económico, y su necesaria convergencia con los otros campos que le dan su pleno sentido social. Se trataría al cuestionar ambas posiciones, de insistir en una tesis hermenéutica de la racionalidad práctica, donde economía y ética puedan encontrar su adecuada convergencia².

2 Cf. RICOEUR, Paul. “Ética y Economía”, en *Del Texto a la acción*. Buenos Aires, FCE, 2000.

Sin embargo, es preciso reconocer que a diferencia de lo que se consideraba antaño en la ética liberal de los autores ingleses, hoy día bajo el predominio de lo que P. Salvat denomina el anarco-liberalismo se otorga, en general, un dominio indiscutible a la idea de libertad puramente individual desvinculada de su tejido social, en desmedro de una idea de libertad como camino para la felicidad del mayor número de personas, que preconizaban los autores utilitaristas. En este artículo queremos reivindicar la relevancia de estas ideas éticas liberales, y protestar de los abusos del neo-liberalismo vigente que disocia economía y ética, presuponiendo que el crecimiento económico puede traer necesariamente la felicidad para la mayoría.

Las inequidades y las graves consecuencias sociales que se captan en la aplicación mecánica de las ideas del modelo neo-liberal en muchos de nuestros países hacen necesaria y urgente una reflexión ético-política de la economía que ya se encuentra presente en la tradición del pensamiento decimonónico latinoamericano. Se trataría de escudriñar un tipo de ética social arraigada en nuestros contextos socio-culturales, y de recoger, en nuestra propia historia de las ideas, los presupuestos de esta nueva ética, que asuma el compromiso de pensar los desafíos económicos en el marco de lo que –siguiendo la atinada indicación de Adela Cortina–, se podría denominar un proyecto socioeconómico de “responsabilidad solidaria”.

La necesidad de profundizar los presupuestos éticos presentes en las ideas económicas nos llevó a rastrear las ideas socio-económicas en este notable pensador latinoamericano, que ha marcado profundamente la institucionalidad sociocultural chilena y cuya influencia se extiende más allá de Chile, a diversos ámbitos de la cultura y de la teoría de la racionalidad práctica decimonónica, que recubre tres zonas colindantes de la vida social, a saber: la moralidad, la política y el derecho.

En particular en este artículo sistematizamos los escritos de Andrés Bello sobre los problemas de la economía y de la sociedad chilena de la época, que se encuentran en periódicos nacionales con los que colabora, especialmente entre los años 1831-1843, época relevante en la constitución institucional de nuestros países. La mayor parte de estos textos se encuentran compilados en los tomos VII, VIII y XV de las *Obras completas* publicadas en Santiago de Chile a partir de 1881.

Desde el análisis de estos artículos de prensa buscamos demostrar la profunda ligazón que existe entre sus teorías filosóficas utilitaristas en el campo de la moral y ciertos postulados básicos del pensamiento socio-económico liberal de la época. La filosofía moral y la economía política presente en los textos de Bello aparecen como indisociables y presuponiéndose mutuamente con las bases de la ética utilitaria.

Dividimos este trabajo en cuatro acápites: en el primero señalamos algunos postulados que tiene el pensamiento ilustrado en Bello; en el segundo mostramos su concepto de progreso socio-económico; en tercer lugar, exponemos sus ideas sobre la economía y la importancia del lujo; y en cuarto lugar, señalamos la importancia de la educación en el desarrollo latinoamericano.

1. Pensamiento ilustrado y filosofía moral.

Las ideas que Bello vierte en decenas de artículos publicados en los periódicos chilenos de la época –*El Araucano*, *El Crepúsculo* y la *Revista de Santiago*– aluden a diversos problemas sociales propios de la sociedad chilena de la época, que nos siguen afectando todavía, tales como la delincuencia, los desórdenes públicos, la miseria y sus secuelas sociales. El modo actual de entender estos problemas tiene un notable parecido con las fórmulas esbozadas por el pensamiento ilustrado inglés y francés, de finales del siglo XVIII y de comienzos del XIX, que insiste en las ideas de generación de riqueza y de progreso. Recordemos que este pensamiento ilustrado, como lo indica bien José Luis Aranguren, surge en los países europeos como “expresión del nuevo estrato social de la burguesía originada en el auge de la vida urbana y enriquecimiento por el desarrollo del comercio, la industria y la administración del estado”³. A pesar que este pensamiento admite variedad de matices en los autores europeos, existen dos postulados principales a destacar. El primero, es un concepto positivo del poder de la razón humana expresado en su desarrollo a través de las ciencias y de la tecnología. El segundo, es un concepto programático de la ciencia por el cual ella debe servir para una

3 ARANGUREN, José Luis. *Moral y Sociedad*. Madrid, Edicusa, 1975, p. 27.

reorganización de la sociedad. Este pensamiento ilustrado tiene conexiones estrechas con la ley general de la humanidad y las propuestas del progreso moral, que hará conocida el positivismo de Augusto Comte⁴.

Según los pensadores ilustrados, la economía no se puede desvincular del conjunto de la sociedad. En este sentido, la economía política era parte de una filosofía moral. Es conveniente recordar, a partir de la obra de Adam Smith, *Teoría de los sentimientos morales* –frecuentemente criticado por los supuestos de su *Tratado de la riqueza de las naciones*–, desde una base emotivista, una nueva perspectiva donde moral y economía se encuentran: los sentimientos de simpatía y de egoísmo serán analizados por la filosofía moral. Empero es sobre todo a partir del egoísmo entendido como interés, según la enseñanza de su *Ensayo acerca de la riqueza de las naciones* que pasa a construirse un eje valórico, que predefine el comportamiento económico del hombre. Aquí se plantea un problema relevante sobre el fundamento antropológico de la economía política: ¿cómo a un sentimiento tan aparentemente anti-social como el egoísmo o interés puede atribuírsele valor social⁵? Para la mayor parte de los pensadores ilustrados, incluido Bello, la respuesta es clara y neta: el egoísmo *bien entendido* conduce al buen ordenamiento social; en consecuencia, la competencia de los individuos en el mercado sólo permite lograr la mayor felicidad del mayor número de hombres siempre que esté encauzada por valores altruistas. En este sentido, es preciso separar esta perspectiva utilitaria, de las exageraciones no sólo “egóticas” del capitalismo manchesteriano, y de sus concepciones deformadas de la libertad. A decir verdad, las ideas de estos autores liberales sostienen fuertes críticas a las exageraciones del capitalismo vigente.

Al considerar la libertad en el plano económico-político ella aparece vinculada con una sociedad libre, es decir caracterizada también por las libertades de los otros ciudadanos. Es una libertad amplia que presupone dimensiones intelectuales, religiosas, políticas, etc. A partir de esta libertad entendida como valor central los hombres pueden alcanzar las virtudes sobresalientes de la vida ciudadana.

4 Mi trabajo acerca de “La Filosofía de la Historia en A. Comte”, en *Boletín de Filosofía UCBC*, N° 4-5, 1990-1991, p. 7-25.

5 ARANGUREN, José Luis. Ob. cit., p. 13.

La divulgación del ideal ético-social de la mayor felicidad no puede estar en manos de cualquier hombre, sino sólo de aquellos que cultivan la razón y llegan a la evidencia de la conciliación del interés privado y del interés de los demás. En este sentido se puede aceptar la idea de Aranguren de estar frente a un “ascetismo mundano heredero del puritano que puede producir riqueza y que concibe las virtudes como virtudes económicas y utilitarias”⁶. Se trata de una ciudadanía que comprende su libertad como parte de una visión social que en vez de reducirse a las individualidades se inserta en una perspectiva de la totalidad productiva, donde la libertad impacta en la vida económica y educativa.

Se podría decir que la estructura del razonamiento interno es que teniendo ciudadanos libres podremos transformarlos en ciudadanos útiles, es decir, capaces de idear formas nuevas de acumulación de capital, para reinvertirlo, y para que se pueda iniciar la aventura de la propagación material de “las luces”, puesto que finalmente todo progreso social es siempre producto de una cierta prosperidad económica.

La misma actividad educativa, dentro de este razonamiento ilustrado, no se puede abstraer de este proyecto social, ya que ella será entonces el instrumento para lograr la necesaria moralización del pueblo, que lo conduzca de su actual ignorancia/inutilidad al pleno desarrollo de su razón/industriosidad. Sobre el presupuesto de este moralismo pedagógico se podría citar a Aranguren: “Los ilustrados estaban convencidos de que el hombre solamente por ignorancia de sus verdaderos intereses es malo. La ilustración tenía pues que ser vivida como una verdadera tarea pedagógico-moral, pero a la vez también en función de la otra dimensión fundamental de esta forma de vida: la económica”⁷.

Esta tarea pedagógico-moral se encuentra explícitamente en el pensamiento socio-económico de Bello. En reiterados textos aparece su interés en impulsar la industria, la agricultura, la colonización del sur de Chile, la educación de las masas populares, etc. Veamos ahora en detalle las ideas difundidas en estos periódicos.

6 *Ibid.*, p. 13.

7 *Ibid.*, p. 18.

2. El progreso socio-económico.

Bello a través de sus escritos periodísticos defiende claramente un modelo económico diferente del colonial, que se caracterizaba por el intervencionismo. Junto a los autores de Economía política que leía, a saber Smith, Malthus y Say, esperaba –como dice John Linch– que el Estado “limitara su papel a proporcionar condiciones de orden y estabilidad dentro de las cuales podían operar las empresas privadas”⁸. En este marco, la libre iniciativa de los particulares en la agricultura, en la industria, en la minería, debería producir un alto nivel de riquezas que nuestros trabajadores de los países sudamericanos requieran. Según las ideas en boga, el crecimiento de éstas en la medida que fueran continuas, aumentaría el salario de los trabajadores. La actividad económica posibilitaría entonces no sólo aumentar la fortuna actual de los propietarios, sino sobre todo permitiría generar mayores fuentes de trabajo, aumentar los salarios, en fin haría posible el progreso de toda la vida social y económica de un país. Existen otros textos donde se muestra esta conexión optimista, y que algunos compatriotas todavía en nuestro tiempo consideran aceptables.

La sociedad se enriquece y las costumbres mejoran [...] tal es [...] el estado de Chile. No se necesitan raciocinios para que su creciente prosperidad se releve a nuestros ojos en el aspecto de las ciudades, que se extienden y se hermosean, en el de los campos, donde cada día hace nuevas conquistas el arado, en la marcha de las artes mecánicas que se multiplican y perfeccionan, en el fin [...] en la moralidad de las costumbres y en todo⁹.

La mayor actividad agrícola, industrial y comercial ejerce un efecto muy benéfico en el conjunto de la sociedad global –piensa Bello– por lo que la lógica de los adelantos se puede sintetizar: más y mejores ciudades, obras de ingeniería y arquitectura, menos pobreza, y por todo esto, mayor probidad en las costumbres.

8 LINCH, John. *Las revoluciones hispanoamericanas*. Barcelona, Ariel, 1980, p. 169.

9 BELLO, Andrés. “El lujo”, 1839, in *Obras Completas de Bello*. Santiago, Impreso por Pedro G. Ramírez, 1881, tomo VII, p. 437. En adelante OC.

El pragmatismo y utilitarismo de nuestro pensador encuentra en estos motivos una nítida concordancia. Los distintos conocimientos y las profesiones deben apuntar a este enriquecimiento de la nación, a fin de

[...] consolidar el orden por medio del bienestar moral y social, aumentar rápidamente la riqueza pública y promover de un modo extraordinario la prosperidad nacional¹⁰.

Las proposiciones económicas de Bello no son de ningún modo contradictorias con sus ideales clásicos y humanistas para la Universidad. No se contraponen al estudio del derecho natural, del latín o de los clásicos las indicaciones utilitarias acerca de las ciencias y la aplicación de los conocimientos que ellas descubren. Permiten cubrir esa base de confort y sosiego que posibilita cultivar las disciplinas propiamente humanistas. Las ciencias, nos dice nuestro pensador, pueden clasificarse según su funcionalidad económica: unas son útiles; las otras, inútiles. La utilidad de las ciencias se mide por la capacidad que tienen para gestar o no dicho enriquecimiento nacional.

Es, pues, indispensable que se críen, aún cuando fuera artificialmente o sin mayor utilidad por ahora, los estímulos o carreras más propios para mantener y propagar entre nosotros el cultivo de unas ciencias que pudiéramos llamar las más útiles, si no se considerase su aplicación bajo el aspecto del incremento de la riqueza pública, al menos en cuanto sirven para beneficiar un número mayor de individuos, contribuyendo eficazmente a proporcionarles ocupación y convivencia, y a mejorar por consiguiente su condición moral o social¹¹.

Las ciencias son útiles porque incrementan la “renta anual” de un país o porque benefician al mayor número de individuos. Lo interesante de esta cita está en la última frase: todo aquello que contribuya a satisfacer la conveniencia del

10 *OC*, XV, p. 250.

11 *OC*, VIII, p. 224.

hombre tiende a mejorar su condición. El argumento se centra en la idea fuerte que el paso de una condición menoscabada a otra mejor, es socialmente mejor, y por tanto, más moral.

El beneficio del mayor número de individuos se realiza entonces de un modo cabal cuando cada individuo puede desarrollar su propia iniciativa en todos los planos de la vida social. Este interés sólo redundará en beneficio de los demás cuando existe el orden y la estabilidad suficientes para conciliar la diversidad de aspiraciones individuales de todos los particulares. Este camino no está exento de dificultades, sobre todo, por los impedimentos que oponen ciertos enemigos del progreso. Escribía en un diario en 1838:

Así no debe extrañarse que las mismas preocupaciones que se oponían en los tiempos pasados a todo género de mejoras, aún las más sencillas y fáciles, aquellas, en una palabra, en que cada individuo debía moverse por su interés particular, opusiesen a una mayor resistencia a la reunión de muchos intereses, con el objeto más quimérico todavía en la época a que nos referimos de conseguir grandes resultados para todos y cada uno de los que entrasen en este género de empresas¹².

La eventual conciliación de los intereses de los particulares es algo que Bello no discute, pero sí emplea ciertas condiciones, como lo indica la cita. Puede lograrse la concertación de las aspiraciones si existe un estado que resguarde con decisión el orden, la paz y la legalidad. El pensamiento de Bello es una verdadera pasión por el orden, como señala el libro de Iván Jaksic¹³. Aquel orden que elimina la inestabilidad, las divisiones y agitaciones, es una de las dimensiones más importantes para la vida económica, favorece el trabajo disciplinado y atrae a los inversionistas ya que "... los capitales sólo van a aquellos lugares donde encuentran la más completa seguridad, no sólo para las especulaciones presentes, sino también para las venideras"¹⁴.

A la sombra del orden social crece la riqueza de los ciudadanos, el que a su vez posibilita el enriquecimiento de la nación. Y con ello el progreso de las

12 *Ibid.*, p. 477.

13 Cf. JAKSIC, Iván. *Andrés Bello. La pasión por el orden*. Santiago, Ed. Universitaria, 2001.

14 OC, XV, p. 256.

costumbres, tal como ocurre en las instituciones venezolanas y chilenas que “crecen cada día en moralidad pública y prosperidad material”¹⁵.

El mejoramiento de una situación social y económica que beneficie más o mejor a los particulares es mucho más moral que una situación social estancada o donde se vaya en retroceso, cada vez peor. Todo juicio, sin embargo, que se realiza en moral supone una situación social estancada o de empeoramiento. El juicio moral supone una regla o medida frente a la cual pueda decirse el más o menos, el mejor o el peor. Si se afirma que el mejoramiento de las costumbres o el crecimiento de la moralidad pública es producto de un nuevo sistema de producción, pareciera que el progreso se reduce a una mera solución económica. Pienso que no hay tal reduccionismo en Bello; hay al contrario una valoración altísima de la civilización europea. Se propone este modelo económico “europeísta” en tanto, efectivamente, éste se ha mostrado eficaz para transformar la faz de esos países prósperos. Bello ha vivido y visto el pujante crecimiento industrial y financiero de Inglaterra. Por ello decir que las costumbres mejoran es sostener que nuestras costumbres se hacen parecidas a las de los dos países europeos que son su modelo.

Industrias, riqueza y civilización son partes integrantes del mismo discurso en pos de la civilización. Nuestro país crece económica y moralmente, en la medida que puede atraer “a nuestro suelo los beneficios de la alta civilización y adelantada industria de aquellas regiones”¹⁶. Beneficios, constata Bello, que están en notable expansión en Chile. Entonces, si hay progreso, i.e., un transitar de un orden de cosas peor a uno mejor, es en la medida que se pasa de un sistema de protección o intervención estatal a un sistema de libre iniciativa y de apertura de los mercados. En la medida que esto se cumple, los resultados no se dejarán esperar. Escribía en 1838:

Nuestros puertos se han llenado de busques de todas partes, que traen a ellos las producciones de los más apartados climas del universo; nuestros campos se cubren de ricas mieses; y la agricultura ha mirado a los chilenos dedicarse con un empeño digno de alabanza a su fomento y protección. La industria y la

15 *OC*, VIII, p. 247-8.

16 *OC*, XV, p. 248.

civilización han hecho progresos admirables; la moral extiende cada vez más en Chile su bienhechor imperio...¹⁷

La moral y la economía, como lo hemos destacado ya varias veces, a pesar de lo divergentes que pueden ser en sus principios y en sus teorías, coinciden en esta finalidad última, pues como indica el propio Bello, aunque estas "...ciencias respectivas tienen objetos diferentes e incompatibles... una y otra se proponen un mismo fin, que es la felicidad de los hombres"¹⁸.

La felicidad, que es una tendencia irresistible en todos los humanos, se ve colmada por la búsqueda de los placeres espirituales (felicidad moral), y con un orden social que aspira y en forma concreta, le pone a la mano los bienes que solicita (felicidad material). La felicidad que la moral y la economía logran se parecen, pues en ninguna es aceptable la búsqueda de la felicidad basada en el puro interés privado. Como lo dice el mismo Bello: "Nuestro propio bien, explicado por el bien de la comunidad, es por decirlo así, la moral"¹⁹.

3. Economía, lujo y clases sociales.

Todas las doctrinas que desarrollaron los economistas ingleses del siglo XVIII comportaban una meditación "paternalista", de los que al interior del sistema productivo se desempeñarían como asalariados. La tradición forjada desde Adam Smith hasta John Stuart Mill miraba "Con especial benevolencia e interés a la clase trabajadora"²⁰, aunque fieles a sus concepciones redujeran toda intervención estatal, que no lograría más que perturbar el orden económico natural, perjudicando a la larga a los mismos obreros. Es obvio que al interior de dichas teorías la utilización de la categoría "clase social" tendrá bastante relevancia. En Bello el uso de esta noción queda de mayor manifiesto por el ideal explícitamente moral en que se ubica, v.g., las clases humildes desposeídas.

17 *Ibid.*, p. 335-6.

18 *OC*, VII, p. 433.

19 *Ibid.*, p. 468.

20 GONNARD, René. *Historia de las doctrinas económicas*. México, Aguilar, 1948, p. 284.

El gran problema de una concepción económica que considera el enriquecimiento de los particulares en forma progresiva es responder al cómo proceder respecto del *superavit* que alcanza una sociedad año tras año. En otras palabras, se trata de pensar el destino del excedente de la renta nacional, o lo que a veces se llama en el lenguaje de nuestro tiempo, el problema de la distribución. El problema específico en cuestión es responder si, económica y moralmente, es conveniente, en vistas a la felicidad del mayor número, la inversión en los consumos improductivos, que dentro de la tradición económica de la época, se conocen con el nombre de “lujo”.

Muchos moralistas, afirmaba Bello, quisieran proscribir el lujo, a pesar de que los economistas lo consideran útil y necesario a la sociedad. En este punto preciso no sigue a Say. Para nuestro pensador, moral y economía no son dos mundos irreconciliables, ya que como lo afirmó, ambas coinciden en sus objetivos. Entonces, solo “las exageraciones extravagantes”, en que a veces se envuelve “la filosofía ascética”, pueden llevarla a sostener “reglas austeras”, que impiden el normal desenvolvimiento de la actividad económica, que a la postre conlleva consecuencias peores que las que intenta evitar.

Supongamos, reflexiona, que un país prohibiera los objetos de lujo, al poco tiempo las familias “Reducidas a lo estrictamente necesario se encontrarían con un sobrante considerable de sus rentas”²¹, el que, necesariamente, debería emplearse en la elaboración de nuevos productos. Sin embargo, si los objetos de lujo no debieran ser aceptados, nos estaríamos contradiciendo, pues tampoco podrían venderse en el mercado extranjero “porque en moral no puede ser lícito que una nación haga a sabiendas la proveedora de efectos que van a empobrecer y corromper las otras”²². La conclusión que saca Bello es coherente con una economía capitalista, según el tinte utilitario:

Por todas partes, no vemos, mediante este sistema, sino capitales sustraídos a la circulación; capitales que no proporcionarían a sus dueños comodidad ni placer, ni a los pobres ocupación, ni a la sociedad riqueza;

21 *OC*, VII, p. 434.

22 *Ibid.*

capitales en cuya adquisición sería locura afanarse, porque de nada servirían; artes innumerables sin estímulo, clases numerosas sofocadas en su germen, y por consiguiente, en la inmoralidad²³.

Rechazar entonces el lujo implica negar el tránsito de una situación social deficiente a otra mejor. Si se niegan estos consumos improductivos ocurre, entonces, que el trabajo, “único patrimonio de los que no han sido favorecidos de la fortuna”, se hace más escaso y la ruina se apodera de toda la sociedad, el género humano se resiente y la población decrece en un porcentaje considerabilísimo.

Empero, no en cualquier caso toda inversión en artículos de lujo es aceptable, puesto que existe un otro extremo, tan funesto como el anterior descrito. Los requisitos enumerados son dos: dichos productos deberían ser elaborados por la industria nacional²⁴, y su consumo “no debería disminuir los capitales gestionados a la producción de bienes necesarios”²⁵.

Es de suma necesidad, en consecuencia, que el sobrante anual no deba salir del país, sino después de generar toda suerte de industrias y fuentes laborales. Así se desterrarán del “bajo pueblo la andrajosa miseria, lo harán cada vez más laborioso, más calculador, más económico, más sobrio, y en una palabra, más moral”²⁶.

Toda la gran labor ético-pedagógica de Bello estará directamente ligada a la aplicación de la solución diseñada por el pensamiento ético ilustrado del siglo XVIII; ilustrar al bajo pueblo para que adquiriera una manera mejor de vivir. El único modo de ayudarlo eficazmente no es tanto por medio de la beneficencia pública o privada, que Bello acepta en su generalidad, sino en

...inculcarles el hábito de trabajo y del ahorro, así como la virtud de la continencia”, de modo que, por su propio esfuerzo, alcancen una situación socio-económica diferente. Cuestión por lograr, a pesar del gran número que

23 *Ibid.*, p. 435.

24 *Ibid.*, p. 441.

25 *Ibid.*, p. 439.

26 *Ibid.*, p. 454.

conforma estas clases, ya que por “numerosa que sea la clase menos acomodada de nuestra población, no es, felizmente, el ilustrarla una obra superior a nuestros esfuerzos²⁷.”

De no cumplirse este propósito, el modelo económico propuesto se reciente gravemente, y con ello, imposibilita el enriquecimiento material y acarrea todas sus graves secuelas sociales.

¿Qué haremos –se interroga Bello– con tener oradores, jurisconsultos y estadistas, si la masa del pueblo vive sumergida en la noche de la ignorancia, y ni puede cooperar, en la parte que le toca, a la marcha de los negocios, ni a la riqueza, ni ganar aquel bienestar a que es acreedora la gran mayoría de un estado²⁸?

La falta de cooperación de las clases menos acomodadas resiente, sobre todo, el bienestar de la nación. La parte que les corresponde no es insignificante, por ella se determina el factor más importante, en gran parte de la tradición económica conocida por Bello: el trabajo, ya que todo valor de cambio de las mercancías procede exclusivamente de él. Nuestro pensador critica con acidez los excesos a los que se entregan las clases populares en sus fiestas. En otro artículo de 1838 escribe:

Los hombres empleadores en la agricultura y en los trabajos abandonan eternamente sus labores, causando enormes atrasos y perjuicios a los dueños de las propiedades más interesantes del país y que forman toda su riqueza. Todo se paraliza, y puede decirse sin exageración que, mientras dura la fiesta en un pueblo, presenta la idea más cabal del desorden²⁹.

27 *OC*, VIII, p. 217.

28 *Ibid.*, p. 220.

29 *OC*, XV, p. 325.

Desorden, ociosidad, despilfarros, mendicidad, en suma, inmoralidad es lo que debe eliminarse de estas clases desfavorecidas por la fortuna, o inútiles mientras continúen en tal estado. El instrumento adecuado para lograr dicho objetivo es la educación; por ella puede alcanzarse a moldear las características típicas del hombre virtuoso o laborioso, sobrio y ahorrativo. Únicamente al interior de este gran marco de reformas sociales puede entenderse en forma cabal el significado de su extensa labor pedagógica.

4. La Educación.

Todas las ideas anteriores se concentran en una convicción de los autores ilustrados, pues tienen una profunda fe acerca de los efectos prodigiosos de la educación. Es notable este sentido pedagógico de la moral, y no pudo ser de otro modo. Se trata de una época orgullosa de la razón y de lo que permite su cultivo. Bello, al igual que otros discípulos de Jeremy Bentham, la considera como el medio por excelencia para lograr el progreso³⁰.

La instrucción debería abarcar a todos los sectores sociales, y empezar desde los más tiernos años, ya que en esta edad se logra con mayor profundidad la enseñanza en los infantes. Por lo mismo, es en esta edad cuando el educador puede lograr los efectos más benéficos. Su importancia la expresa en las siguientes palabras: “A la verdad, más fuerza moral, proporcionalmente, tienen los primeros fundamentos de la educación intelectual, que la acumulación de ciencia que constituye un sabio³¹...”

En palabras nuestras, la relevancia de un sistema de instrucción, desde la infancia, es contribuir a formar hombres honrados que puedan cambiar, rectamente, a la felicidad que les corresponde, según su estado. Bello lo dice en forma expresa:

Procurar bienes y evitar males al individuo y a sus semejantes es el objeto que nos proponemos al formar el corazón y el espíritu de un

30 *OC*, VIII, p. 189.

31 *Ibid.*, p. 189.

hombre; y por consiguiente, podremos considerar la educación como el empleo de las facultades más a propósito para promover la felicidad humana³².

La educación, en los primeros años, debe inculcar los valores básicos al niño para que pueda desarrollarse como hombre; lo que necesariamente integra en su seno el carácter de utilidad. Estos conocimientos deben contribuir a que el niño y el joven se desenvuelvan con facilidad en el medio social en que nacieron. Esta educación inicial es la correcta introducción a la moral; así, una vez que el niño piensa, inmediatamente deben inculcársele los principios fundamentales de la moral y las normas correctas:

[...] la educación pasa a iniciarse en los sagrados misterios de la moral, dándole a conocer lo justo y lo injusto. Entonces se le descubre la teoría de los sentimientos, y se le dan reglas positivas para discernir lo bueno y malo de sus acciones. Se le hacen conocer los deberes para con el Ser Supremo, los que le impone su propia conservación y los que le exigen sus semejantes...³³.

La justicia e injusticia, la benevolencia y las normas que son medulares para la moral, no son fruto de la experiencia cotidiana de las clases pobres. Propiamente, ellas necesitan que se les inculquen y enseñen. Las clases numerosas, entonces, requieren de modo imprescindible la acción de “las luces”, a través de la cual conocen su verdadero interés. Este programa educativo, que termina en la enseñanza de la moral, es el que corresponde a toda la educación elemental³⁴. Todas las clases sociales deben poseer, como mínimo, estos conocimientos. Sobre éstos se levanta la educación del ciudadano que implica una percepción más vasta y detallada de “las obligaciones que le imponen sus deberes y la justicia” i.e., “las nociones básicas del derecho natural”.

32 *Ibid.*, p. 213.

33 *Ibid.*, p. 194.

34 *Ibid.*, p. 215.

Una vez que la mente del hombre del pueblo asimile las doctrinas básicas de la moralidad, las consecuencias se advierten por sí solas, ya que este proceso es irreversible. Cuando el pueblo gusta de los bienes y placeres propios de la moderación y decencia, el camino queda expedito para alcanzar la felicidad verdadera. Volver a la situación inicial es imposible, pues la razón no admite que el hombre se equivoque entre su interés particular y el verdadero interés. Volver atrás es negar el avance efectivo de un estado a otro mejor.

[...] y con dificultad deja esa senda, porque, para aprobarla, después de chocar en el dictamen de su propia razón y pasar por la amargura inseparable de los remordimientos tiene que abandonar las convivencias reales que había logrado por consecuencia de su juicioso proceder³⁵.

La amargura y los remordimientos que tiene el hombre, que actúa en contra de sus convivencias reales, es producto de una conciencia moral ya plenamente cultivada. Difundir las luces es, primeramente, una tarea de los propios particulares, pues a través de ella, consolida un sistema social que perdura y beneficia a todos. Los empresarios, los dueños de haciendas, en general, los que tienen fortuna, deben preocuparse de propagar la educación, pues los beneficios que se obtienen redundarán en su propio interés. Si existen lugares donde no se han establecido casas de educación es porque todavía no se ha alcanzado el enriquecimiento suficiente: "... es porque esos pueblos no ofrecen ninguna ganancia al interés, móvil principal del hombre; caudales para establecimientos literarios; es porque no ha habido ricos con voluntad o posibilidad de hacerlo"³⁶.

La filosofía moral de Bello le asigna un rol preponderante a las inclinaciones o móviles del hombre. En este caso, observamos la aplicación concreta de este postulado. Por todo lo dicho, y en forma principal, sus ideas tienen una deuda con el método de Joseph Lancaster, que en 1798 abrió una escuela para niños desprovistos de recursos, hijos de obreros y artesanos, y que en forma acelerada se repitió luego en diversas ciudades inglesas.

35 *OC*, XV, p. 320.

36 *Ibid.*, p. 66.

La enseñanza de la religión se suma, con armonía, a los otros aspectos de la concepción ilustrada de la educación que ya hemos esbozado. Su difusión complementa la acción moralizadora del pueblo. Es obvio que para los hombres ilustrados, y Bello no es una excepción, la valorización de lo religioso, en el plano social, está acorde al sistema económico que se propone: [...] de la esfera religiosa retienen no tanto lo trascendente como sus consecuencias pragmáticas de moralidad para el pueblo³⁷.

Estas ideas son explícitas en los textos de Bello, refiriéndose a las causas que contribuyen a la reforma de los hábitos del pueblo. Afirma:

[...] miramos con una de las más eficaces, la instrucción religiosa; pero una instrucción religiosa, en que se de menos importancia a las prácticas exteriores, al culto meramente oral, a las expiaciones de pura fórmula, al misticismo, a las austeridades ascéticas, y en que ocupen el primer lugar las grandes verdades morales, el homenaje del corazón y el ejercicio habitual de la justicia y de la beneficencia³⁸.

Ilustrar, por tanto, a las clases pobres no es algo difícil, pues se cuenta con un buen contingente de hombres dedicados al servicio de Dios. Tal idea funcional de la religión, aparentemente reduccionista para un espíritu místico, no lo es en este pensamiento de Bello, cuya piedra angular es siempre la idea de “utilidad”. La religión en vez de llevar al misticismo, debería preocuparse por servir a las necesidades primarias del pueblo. El tipo de contenidos que deberían entregárselas a estas clases populares se sintetiza en este escrito:

Unos rudimentos sencillos de moral cristiana; algunas pequeñas colecciones de recetas o métodos que les fuesen útiles en sus negocios domésticos [...] tendría efectos admirables a favor de la felicidad, y de la moral...³⁹.

37 GODOY, Hernán. *La cultura chilena*. Santiago, Editorial Universitaria, 1981, p. 179.

38 *OC*, VII, p. 453.

39 *OC*, VIII, p. 190.

4. Conclusión

Las ideas periodísticas que Bello vierte acerca de la evolución económica de la sociedad chilena, tanto acerca de las diferencias con las europeas y necesidades que tiene, como acerca de las eventuales soluciones, están obviamente impregnadas del pensamiento ilustrado y en la ética utilitarista de la época. Sin lugar a dudas, la originalidad de Bello no es sólo una aplicación mecánica de ambas tradiciones, sino su intento de fusión.

Bello es una de las figuras más sobresalientes de la denominada “Ilustración Católica”, época iniciada en la España de fines del siglo XVII y extendida, con posterioridad, a sus territorios de América. El catolicismo es valorizado como fuerza social, es decir como una fuerza moral para conducir a las clases numerosas a su mayor felicidad, en tanto contribuye, poderosamente, a que interioricen intereses que beneficien a la sociedad.

Bello es también un claro sucesor de la escuela utilitaria inglesa. La felicidad de estas clases numerosas está condicionada de un modo directo por la superación de su principal problema: la miseria. Es en este sentido que el enriquecimiento se constituye en el principal desafío para cambiar la suerte de esos hombres, desafío del progreso que no es para unos y que excluye a otros. Toda posibilidad de cambiar esta situación social está, en estrecho vínculo, con la participación de todos los sectores sociales en un orden económico de libre competencia. La riqueza producida germinará, con mucha rapidez, en obras de adelanto público, en comodidades, en resumen, en una mejor vida. La educación tiene por misión facilitar la adhesión de las clases numerosas, y en este sentido es introducción a la moral. La moral y la economía política, por su parte, tienden a la meta descrita. El trabajo, el ahorro, la inversión forman parte del mejor comportamiento, en tanto favorecen la producción de una riqueza que saciará el interés de todos los particulares, y por ende, el interés de la sociedad toda.

La tesis principal del progresismo moral encuentra aquí todo su interés, ya que lo que favorece el pasar de un estado social a otro de mayor placer para todos es moral, y lo contrario, es inmoral. Éste no es un problema exclusivamente económico o político, sino, sobre todo, propio de la filosofía moral. Es en esta perspectiva ética en la que se comprende a cabalidad la interrelación entre el

liberalismo económico, cuya cuna fue Inglaterra, con las concepciones acerca del progreso humano. Bello es un liberal en el sentido económico, tal como lo fueron Adam Smith y John Stuart Mill. Sus razones –al igual que en estos autores– no se desprenden de una ciencia constituida, sino de una decantada concepción del hombre propia de la época. Se es liberal en la medida que el sistema económico supuesto conlleva a sus ojos el mejoramiento social de la mayor parte de los hombres.

Bello conjuga las ideas políticas liberales con una fuerte pasión por el orden. Como dice Cristián Gazmuri: “un liberal todavía aterrorizado frente a lo que vio y veía todavía en su América cuando ese liberalismo se trataba de concretar en ‘modelos políticos viables’”. La postura de Bello es tan compleja y ambigua como nuestros sistemas económicos y políticos, donde las ideas políticas se contradicen con las exigencias prácticas del mismo orden, siguiendo la lógica de Bello por la que puede refugiarse “en el orden autoritario, posiblemente en espera que una decantación social y cultural hiciera posible un tránsito tranquilo y “ordenado” hacia las fórmulas liberales”⁴⁰.

En síntesis, al referirnos a las ideas del venezolano Andrés Bello, quien vivió más de cuatro décadas en Chile y dejó un conjunto de reflexiones significativas en su rol de publicista, valoramos especialmente su visión articulada entre ética y economía. Para él, un sistema económico basado en la mayor convivencia, en la conciliación de los intereses y en la mayor felicidad del mayor número de hombres toma los mismos postulados considerados para la construcción de la teoría filosófica de la moral, donde la economía política y la ética social no van por carriles distintos. En este sentido, se puede comprender lo alejado que está Bello de la concepción de las ideas ultra-liberales que subyacen en el discurso hegemónico actual. Por cierto, que hoy no se pueden sostener las ideas liberales como tales, pero existe un trasfondo ético que es clave para pensar otro proyecto posible para nuestras sociedades desiguales, y donde se contrarreste el pensamiento “único” que pretende consolidar el ideal de la felicidad de unos pocos aunque vaya en desmedro de la felicidad de las mayorías.

40 Reseña de GAZMURI, Cristián al libro de JAKSIC, Iván *Andrés Bello, la pasión por el orden*, ed. cit., en Revista *Historia*, Santiago de Chile, v. 35, 2002, p. 493-497.